

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



EL ALBA

Vol. 36 No. 4

Julio - Agosto 2021

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Portugués.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por
Dawn Bible Students Association
División en español
PO Box 521167
Longwood, FL 32752 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.

Sírvase notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: PO Box 521167, Longwood, FL
USA 32752

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) PO Box
521167, Longwood, FL USA 32752

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Armagedón, luego la paz
mundial 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Diez leprosos sanados 13
Vivir según la fe 15
Justificación por la fe 18
Paz con Dios 20

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Pascua de la Nueva Creación
Parte 1 23

The Dawn – SPANISH Edition

JULY – AUGUST 2021

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Armagedón, luego la paz mundial

*“Y los reunió en un lugar llamado en hebreo
Armagedón.”
— Apocalipsis 16:16 —*

La Biblia contiene una serie de palabras y frases que, debido a su aplicación casi universal a los temores, las esperanzas y las experiencias humanas, a menudo, son citadas por el mundo, aunque no necesariamente debido a una fe genuina o una comprensión correcta de lo que implican. La expresión "convertirán sus espadas en rejas de arado" es una de ellas. La frase "día del juicio" es otra. Otra es una palabra que escuchamos ahora con más frecuencia que nunca, "Armagedón".

La palabra "Armagedón" aparece solo una vez en la Biblia, y es la que está en nuestro texto de apertura. Dos versículos antes, se hace referencia a "la batalla de ese gran día del Dios Todopoderoso". En el versículo 15, Jesús resucitado declara: "Observen, vengo como un ladrón". Por lo tanto, parece claro que el Armagedón de nuestro texto está relacionado con eventos al final de la era presente, cuando Cristo regresaría —como un ladrón, sin ser notado— y se haría presente para establecer su reino.

El Apocalipsis es un libro de simbología, y el Armagedón de nuestro texto no es una excepción a esta norma. No debemos suponer que la reunión de las naciones en un lugar llamado Armagedón signifique que se reunirán en un lugar en particular. En la simbología de la Biblia, generalmente, los lugares representan condiciones, y esto es así con respecto al "lugar llamado en hebreo Armagedón". Las condiciones o las situaciones simbolizadas por lugares están determinadas por lo que es históricamente cierto acerca de ellos. Por ejemplo, el monte de Sión en Jerusalén simbolizaba el reino de Dios, porque una vez gobernó a su pueblo a través de los reyes de Israel, cuyos tronos se establecieron en el monte de Sión. (1 Cr. 11:3-5; Sl. 2:6)

Armagedón, llamado "Meguido" en el Antiguo Testamento, fue un campo de batalla en Israel, el lugar donde se libraron algunas de las batallas más importantes de Israel contra sus enemigos. Dios supervisó a Israel y, a menudo, luchó por Israel en estos conflictos. Un hecho único con respecto a estas batallas fue que Dios no siempre le dio la victoria a Israel. A veces, su pueblo necesitaba ser castigado, y él permitió que lo derrotaran. Sin embargo, ya sea que resultase en una victoria o una derrota, Dios dirigía el resultado de las campañas que libraban los israelitas en el valle de Meguido. (Jue. 5:19; 2 Reyes 23:29,30; 2 Cr. 35:22; Za. 12:11)

Las batallas que libró Israel y que Dios dirigió en el valle de Meguido se utilizan en las Escrituras para señalar el Armagedón. El Armagedón simbólico es un gran conflicto mundial al final de esta era presente en el que Dios toma parte y dirige. El propósito divino del

Armagedón es que traerá un glorioso triunfo de justicia mediante el establecimiento del reino mesiánico prometido desde hace mucho tiempo.

NO ERA CIERTO EN EL PASADO

Entre las personas del mundo que profesan ser cristianos, en el pasado, se hizo la afirmación de que Dios luchó con sus ejércitos y por ellos cuando iban a la guerra. La incongruencia de esto es que, por lo general, se trataba de un caso en el que una nación cristiana luchaba contra otra, y ambos bandos pedían a Dios que los ayudara. A los soldados de lados opuestos de estas guerras se les enseñó incluso que, si los mataban en la batalla, irían directamente al cielo.

Sin embargo, todo esto fue un engaño y, en realidad, un sacrilegio contra el verdadero Dios de la Biblia. El hecho de que Dios dirija el tema del gran Armagedón de la Biblia no implica de ninguna manera que Él lucha por una nación contra otras. Significa, simplemente, que existe un dominio divino tal en los asuntos de las naciones en su conjunto que son derrotadas en forma recíproca hasta el punto en que todos los involucrados finalmente reconocen el fracaso de la sabiduría y la planificación humanas para establecer la paz y el orden en toda la tierra. Por lo tanto, en definitiva, se ven obligados a buscar ayuda en el Señor.

Cuando nuestros primeros padres transgredieron la ley divina y fueron condenados a muerte, la raza humana perdió el beneficio de la mano protectora y dirigente de Dios en sus asuntos. Desde la caída del hombre hasta el período de cierre de la era presente,

Dios no ha interferido en los asuntos de los hombres, excepto cuando el curso del egoísmo humano hubiera sido perjudicial para la realización de su plan a los fines de la recuperación final de su creación humana frente a las consecuencias del pecado.

A pesar de que Dios no ha interferido con el curso del mundo en general, su mano, seguramente, ha estado involucrada en los asuntos de esas personas de fe aquí en la tierra. En todas las épocas, ha habido quienes tuvieron fe en las promesas de Dios y a quienes las recompensas implícitas en sus promesas fueron estimadas más que todas las riquezas de fama, gloria y posesiones materiales que el mundo podía ofrecer.

La primera referencia velada de Dios a este pueblo de fe se encuentra en su declaración a "la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás", en el Jardín del Edén. Le dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre la mujer y ti, y entre tu simiente y su simiente; te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". (Ap. 20:2; Gén. 3:14,15)

Más tarde, Dios le dijo a Abraham: "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra". (Gén. 22:18). Pablo identifica esta "simiente" de la promesa como Jesucristo, el Redentor y Salvador del mundo. (Gálatas 3:8,16). En un sentido más amplio, esta simiente también incluye a aquellos de la era actual que han tenido una fe viva en las promesas de Dios de liberación del mundo frente al pecado y la muerte. Por lo tanto, el apóstol nos informa, además, que esta simiente prometida de Abraham son todos los abarcados por Cristo; Jesús y los que son bautizados en su muerte. (Vv. 27-29).

LOS JUSTOS PERSEGUIDOS

Dios dijo que habría enemistad entre la "simiente" de la mujer, es decir, su pueblo, y la "simiente" de la serpiente, es decir, aquellos que, bajo la influencia de Satanás, han oprimido y perseguido al pueblo de Dios. De acuerdo con esto, los verdaderos siervos de Dios en todos los tiempos han sido un pueblo maltratado. Todos y cada uno de aquellos sobre quienes se ha manifestado el favor de Dios han sido los objetivos especiales del Adversario.

Esto fue especialmente cierto con respecto a Jesús. Fue perseguido por los líderes religiosos hipócritas de su época, aquellos a quienes identificó como los hijos del Diablo, la simiente de la serpiente. (Juan 8:44). Obrando a través de su "simiente", Satanás hizo todo lo que pudo para destruir a Jesús y, finalmente, provocó su crucifixión.

Sin embargo, esto fue por permiso divino, porque en el plan de Dios para la salvación de la raza humana de la muerte, era necesario que Jesús muriera como Redentor, que se diera a sí mismo "en rescate por todos". (I Tim. 2:3-6). En lugar de derrotar la causa divina como Satanás lo diseñó, se proporcionó la redención, y Dios intervino y resucitó a Jesús de entre los muertos.

Así, en el caso de Jesús, la mano de Dios se manifestó en los asuntos humanos, no para cambiar los eventos como tales, sino para lograr su propósito centrado en Jesús. En menor grado, esto ha sido cierto con respecto al pueblo de Dios en todas las épocas. Han sido de su especial cuidado, y siempre que ha sido necesario, Dios ha intervenido en los asuntos de los

hombres y de las naciones para que se cumplan sus propósitos en relación con sus escogidos especiales.

Aparte de esto, al mundo en general se le ha permitido seguir sus propios caminos egoístas y pecaminosos, bajo el gobierno del "Dios de este mundo", hasta el final de la era presente, y el tiempo para el establecimiento del reino de Cristo. (II Cor. 4:4). Una profecía acerca de esto dice: "El SEÑOR saldrá como valiente, despertará celos como hombre de guerra; clamará y rugirá; prevalecerá contra sus enemigos". Entonces el Señor habla por medio del profeta y dice: "Hace mucho tiempo que callo; me quedé quieto y me contuve: ahora lloraré como una mujer que da a luz; destruiré y devoraré a la vez". (Isa. 42:13,14)

Observe cómo, en el texto que acabamos de citar, el Señor explica que se ha mantenido en silencio, que se ha abstenido de interferir en los asuntos humanos. También explica que no haría esto para siempre, que llegaría el momento en que saldría "como un hombre de guerra" y que "prevalecería contra sus enemigos".

EL DÍA DE LA VENGANZA

El Armagedón profético y simbólico de las Escrituras pertenece a un período del arreglo divino descrito como el "día" o el tiempo de la venganza de Dios. Es el tiempo que Isaías predijo cuando la indignación del Señor caería sobre "todas las naciones, y su furor, sobre todos sus ejércitos", el "día de la venganza del SEÑOR". (Isa. 34:2,8)

Es el tiempo que David predijo cuando escribió: "Vengan, he aquí las obras del SEÑOR, las devastaciones que ha hecho en la tierra". (Sl. 46:8). Sin

embargo, el propósito de este período de angustia no es la destrucción de individuos, sino de naciones egoístas y belicosas; porque en el siguiente versículo leemos: “Él hace cesar las guerras hasta el fin de la tierra; quebranta el arco y corta la lanza; quema el carro en el fuego”. (V. 9)

En otras partes de las Escrituras, este gran "tiempo de angustia" se representa simbólicamente como una "tormenta", como un "torbellino" y como un "fuego". (Dan. 12:1; Na. 1:3; Isa. 66:15). Después de que el actual orden egoísta haya pasado en esta gran lucha, Dios mismo, por medio de Cristo, manifestará su autoridad y poder para elevar y bendecir a las turbulentas masas del pueblo. Respecto a esto, Él ha prometido: “Estén quietos y sepan que yo soy Dios: seré exaltado entre las naciones, seré exaltado en la tierra”. (Sl. 46:10, *versión revisada*)

"ESPEREN EN MÍ"

Es durante el tiempo en que Dios se ha abstenido de interferir en el curso pecaminoso y descendente de los hombres y las naciones que muchos de los que se inclinan hacia la justicia en el mundo e, incluso, el propio pueblo de Dios se ha preguntado por qué se ha permitido que el mal continúe sin que, aparentemente, el Creador no haga nada para detener el sufrimiento humano. A estos, se les da esta respuesta: “Esperen en mí, dice Jehová, hasta el día en que me levante a la presa; porque mi determinación es reunir las naciones, para reunir los reinos, para derramar sobre ellos mi indignación, y todo mi furor de la ira; porque toda la tierra será consumida por el fuego de mis celos.

Devolveré entonces a los pueblos unos labios enteramente puros para que invoquen el nombre del SEÑOR y le rindan culto todos a una”. (Sof. 3:8,9)

En esta profecía del conflicto de naciones por el cual se destruye el actual orden social del hombre, la simbólica "tierra", se dice que es "devorada por el fuego" de los celos de Dios. Sabemos que esto no se refiere a la destrucción de la raza humana en sí, porque la profecía nos asegura que, después del "fuego" el Señor, "devolverá a los pueblos unos labios enteramente puros", y que tendrán la oportunidad de invocarlo y servirle. Eso no sería posible si todos fueran destruidos, o si el planeta Tierra fuera quemado, literalmente.

Tampoco debemos pensar en los "celos" de Dios como una indicación de venganza de su parte. La palabra hebrea que aquí se traduce como "celos" es la misma que se traduce como "celo" en Isaías 9:7, donde leemos: "El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto". ¿Qué será lo que realizará el celo del Señor? Esta profecía responde: "Un niño nace entre nosotros, un hijo nos es entregado, y el gobierno recaerá sobre su hombro; y su nombre será Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la Paz. Del aumento de su gobierno y de la paz no habrá fin, sobre el trono de David y sobre su reino, para ordenarlo y establecerlo con juicio y con justicia desde ahora y para siempre. El celo del SEÑOR de los ejércitos hará esto". (Isa. 9:6,7)

Ésta es una de las promesas divinas del reino de Cristo, ese gobierno mundial, cuya responsabilidad descansa sobre el "hombro" de Cristo después de su regreso prometido. A lo largo de los siglos, Satanás y su "simiente" se han esforzado por frustrar el propósito de

Dios de establecer su gobierno de justicia sobre la tierra. Lo han hecho persiguiendo y destruyendo a aquellos a quienes Dios estaba preparando para que fueran sus gobernantes.

Jesús, el "Rey de reyes" en este gobierno, fue ejecutado. A sus verdaderos seguidores, tanto judíos como gentiles, se les promete que, si sufren y mueren con él, vivirán y reinarán con él. (Rom. 8:17; II Tim. 2:11,12). Cuando Jesús fue ejecutado, el propósito de Dios no se vio frustrado. El "celo" y el poder del Todopoderoso lo resucitó de entre los muertos. En este fin de la era, los que han sufrido y muerto con él también son resucitados de entre los muertos para vivir y reinar con Cristo. (Ap. 20:4,6)

Nada puede obstaculizar el cumplimiento del propósito divino cuando ese poder puede ser utilizado y se utiliza para conducirlo al éxito. Es por eso que podemos tener plena confianza en que la paz mundial a través del reino de Cristo se hará realidad después de la gran lucha del Armagedón. El "celo del SEÑOR de los ejércitos" seguramente lo hará realidad.

Es este mismo celo y poder lo que provocó el nacimiento milagroso de Jesús y lo que lo levantó de entre los muertos cuando la "simiente" de la "serpiente" lo destruyó. Es el mismo gran poder que eleva a los seguidores de Jesús para que reinen con él. Finalmente, será este poder el que provoque la destrucción de todas las instituciones e influencias que, posiblemente, puedan interponerse en el camino del gobierno victorioso del reino mesiánico, ese gobierno mundial de paz y justicia que descansará sobre "su hombro".

“LABIOS ENTERAMENTE PUROS”

La profecía de Sofonías 3:9 citada con anterioridad habla del tiempo en que Dios devolverá al pueblo unos "labios enteramente puros". Es a través del mensaje de estos "labios enteramente puros" que las personas de toda la tierra aprenden a conocer al Dios verdadero, a invocarlo, adorarlo y servirlo "con consentimiento". Las personas de todas las naciones estarán unidas en la adoración y la devoción a su Creador y Señor, no por temor, sino porque responderán diciendo: “He aquí, este es nuestro Dios; lo hemos esperado, y Él nos salvará: este es el SEÑOR; lo hemos esperado, nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación”. (Isa. 25:9)

Con el pueblo iluminado acerca de Dios y deseosos de hacer su voluntad, ellos, por medio de Cristo, alcanzarán la paz con él. Estar en paz con Dios es un requisito para estar en paz unos con otros. Mediante la obediencia a las leyes de la justicia, la humanidad aprenderá las ventajas del amor sobre el egoísmo. Entonces, de buena gana y de todo corazón, "convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en podaderas", y las naciones no "aprenderán más sobre la guerra". 4:1-4)

La paz con Dios resultará no solo en la paz entre las personas, sino también en la salud y en todos los asuntos de la vida. Cuando, en el Jardín del Edén, Dios les dio la espalda a sus criaturas humanas caídas, también les sobrevino la condenación a muerte. En el favor de Dios está la vida, tal como nos informa la Biblia. (Sl. 30:5). El retiro del favor de Dios resultó en una larga noche de pecado, sufrimiento y muerte. Sin

embargo, el salmista continúa diciendo que “el gozo viene en la mañana”, la mañana de ese nuevo día del reino mesiánico, cuando “no habrá fin” para el “aumento de su gobierno y su paz”. (Isa. 9:7)

Durante este largo período de espera desde la caída del hombre, los que han amado la justicia a menudo han preguntado "¿Hasta cuándo, Señor?", y la respuesta ha sido "Espérenme". Pablo escribió: "El Dios de la Paz quebrantará a Satanás bajo sus pies en breve". (Rom. 16:20). Ahora, el período "breve" casi ha terminado. Hoy se pueden escuchar los estruendos del gran Armagedón, que señalan el fin del reinado del pecado y la muerte. Esto significa que aquellos que esperan vivir y reinar con Cristo como parte de la simiente de la promesa, al ser fieles hasta la muerte, deben más que nunca “esforzarse” para hacer firme su “vocación y elección”, sabiendo que, para poder reinar con Cristo, deben ser “llamados, escogidos y fieles”. (II Ped. 1:10,11; Ap. 17:14)

Diez leprosos sanados

Versículo Clave: “*Y le dijo: Levántate y vete. Tu fe te ha salvado.*”
— *Lucas 17:19*

Escritura Seleccionadas:
Lucas 17:11-19

Durante los tiempos bíblicos, la lepra se consideraba una enfermedad infecciosa e incurable. Conforme a la ley mosaica, se requería que los leprosos permanecieran aislados y, en consecuencia, por lo general, dependían de su familia o de los actos de caridad de otras personas para poder mantenerse. “El enfermo de lepra andará con sus vestidos rasgados y con el pelo de su cabeza suelto; se cubrirá la parte inferior de su rostro y pregonará ‘¡soy impuro!, ¡soy impuro!’. Todo el tiempo que le dure la lepra será impuro y, en cuanto impuro, tendrá que vivir aislado; su morada estará fuera del campamento”. (Lev. 13:45,46).

En la lección de hoy, Jesús estaba viajando a Jerusalén por Samaria y Galilea cuando se encontró con diez leprosos que clamaron por su misericordia, después de lo cual les indicó que aparecieran frente al sacerdote. Deben haber tenido cierta fe en la capacidad del Maestro para curarlos de esta enfermedad, porque obedecieron sus instrucciones. Una vez que llegaron a los sacerdotes, se los consideró curados y se les permitió regresar con su familia y sus amigos. (Lucas 17:11-14).

“Uno de ellos, al verse curado, regresó alabando a Dios a grandes voces. Y, postrado rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba las gracias. Se trataba de un samaritano. Jesús preguntó entonces: ¿No fueron diez los que fueron sanados? Pues, ¿dónde están los otros nueve? ¿Sólo este extranjero ha vuelto para alabar a Dios?”. (Vv. 15-18).

En nuestro Versículo Clave, que sigue directamente al pasaje citado con anterioridad, Jesús declaró que la fe de este leproso lo había salvado. En realidad, fue el poder divino que ejerció Jesús el que efectuó esta sanación milagrosa.

Consideremos ahora dos lecciones de todo este episodio. Primero, la lepra parece ser una representación simbólica del pecado en el sentido de que nos deja debilitados, alejados y en una condición de desesperación. Un ejemplo vívido de esto es el hecho de que Adán, que fue creado perfecto, desobedeció la instrucción de Dios al comer del fruto prohibido y fue expulsado del paraíso edénico en el que vivía. Finalmente, murió después de vivir novecientos treinta años. (Gén. 5:5).

Sin embargo, el conocimiento previo divino sentó las bases para la recuperación final del hombre y una oportunidad para alcanzar la vida eterna. El propósito amoroso de Dios vendría a través del sacrificio fiel y perfecto de Jesucristo, quien pagó el precio de rescate para lograrlo. (Marcos 10:45; 1 Tim. 2:3-6).

Una segunda lección que podríamos obtener al considerar esta narrativa que involucra a los diez leprosos es la de expresar gratitud. De todos los leprosos que Jesús sanó, solo el samaritano regresó a Jesús y le

agradeció por esta sanación milagrosa. Así también, sus miembros potenciales de la iglesia de la Era del Evangelio, como cristianos devotos, siempre alabarán y agradecerán a Dios por su inefable don de salvación por medio de Cristo. (Ef. 2:8).

Esperamos con ansias el cumplimiento de esa oración tan repetida: “Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo”. (Mat. 6:10). Qué glorioso resultado del magnífico plan de Dios para las edades, porque todos llegarán a conocer y adorar al Creador.

Lección Dos

Vivir según la fe

Versículo clave: “*No me avergüenzo de anunciar esta buena noticia, que es fuerza salvadora de Dios para todo creyente, tanto si es judío como si no lo es.*”

— ***Romanos 1:16***

Escrituras Seleccionadas:

Romanos 1:8-17

En la epístola de Pablo a los hermanos en Roma, se refirió a una promesa anterior hecha a Abraham cuando Dios indicó que, a través de él y su "descendencia", todas las naciones de la tierra serían bendecidas. (Gen. 22:18; Rom. 4:1-22). Además, esto fue afirmado no solo por la muerte de Jesús en sacrificio, sino también por su resurrección de entre los muertos, recibiendo entonces el poder y la autoridad divinos para

ser el instrumento por medio del cual el plan eterno de salvación de Dios para la humanidad comenzaría.

Todos los apóstoles debían ser testigos presenciales de que el Maestro resucitó después de su crucifixión. Como resultado de su encuentro en el camino a Damasco con el Cristo resucitado, Pablo también fue autorizado a dar testimonio acerca de este evento milagroso y su gloriosa importancia. (Gál. 3:8; I Cor. 15:9; Rom. 1:1-5).

“Entre ellas, se encuentran ustedes, elegidos para pertenecer a Jesucristo. A todos ustedes que residen en Roma y han sido elegidos por Dios con amor para formar parte de su pueblo, les deseo gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor. Quiero empezar dando gracias por todos ustedes a mi Dios, mediante Jesucristo, porque en el mundo entero se habla con admiración de la fe de ustedes. Dios mismo, a quien sirvo de todo corazón anunciando la buena noticia de su Hijo, puede garantizar que pienso constantemente en ustedes”. (Rom. 1:6-9)

Después de saludar a los hermanos en Roma, indicando su aprecio por su ejemplo de fe, Pablo les informa de sus fervientes oraciones en su nombre. También expresa su deseo de visitarlos con el propósito de impartir algunos dones espirituales que les permitirían ser siervos aún más eficaces en el ministerio. (Vv. 10-15)

En nuestro versículo clave, Pablo hace dos puntos importantes. Primero, enfatiza que la fe en el poder del Evangelio es la manera en que recibimos la salvación, a diferencia de las obras en general o las de la Ley mosaica. Además, el apóstol señala que esta oferta

se hizo a los judíos primero, aunque, en su conjunto, tenían dificultades para comprender el concepto de que la justificación se logra mediante la fe y la aceptación del sacrificio de rescate de nuestro Salvador.

En los versículos 19-23 de nuestra lección, Pablo continúa señalando que la humanidad en general todavía se encuentra bajo la condena divina y no está actualmente en una relación de pacto con Dios. La mayoría no reconoce en forma debida su condición de falta de rectitud y no honra al Creador ni aprecia sus atributos. Muchos, de hecho, se involucran en interminables especulaciones y adoran tontamente a criaturas tales como pájaros, bestias y reptiles, como serpientes.

Los miembros de la Iglesia Primitiva y otros creyentes en Cristo consagrados y engendrados por espíritu desde ese momento han manifestado su fe en la enseñanza de la Biblia de que el mal no continuará para siempre. Están inspirados por preciosas promesas de las Escrituras que señalan una era en la que la justicia prevalecerá durante el reino de Dios y todo el mal será destruido. (Hechos 3:20-26). Cuán agradecida estará la humanidad cuando aprenda a apreciar la sabiduría, la justicia, el amor y el poder de nuestro muy misericordioso y benevolente Padre Celestial.

Justificación por la fe

Versículo clave: “¿Qué dice la Escritura? Abraham le creyó a Dios, y le fue contado por justicia.”
— Romanos 4:3

**Escrituras
Seleccionadas:**
Romanos 4:1-12

En la lección de hoy, Pablo menciona a Abraham para ilustrar que, debido a su naturaleza pecaminosa heredada, incluso él era incapaz de estar a la altura del estándar de justicia absoluta de Dios. (Rom. 3:10). Sin embargo, debido a su obediencia por medio de la fe a las instrucciones

del Padre Celestial, a Abraham se le concedió acceso y comunión con su exaltado Creador (Rom. 4:1,2)

Nuestro versículo clave dice que, debido a la fe de Abraham en Dios, fue reconocido como justo. Abraham siguió las instrucciones divinas y fue llamado "el amigo de Dios". (Santiago 2:23.) El registro inicial de esta relación comenzó cuando el Padre Celestial le pidió que dejara a su propia gente y viajara a una tierra lejana. (Gen. 12:1-3). Pablo relata que, cuando Abraham recibió este llamado, obedeció y salió “sin saber a dónde iba”. (Heb. 11:8). Se asoció una maravillosa promesa a este llamamiento, en el sentido de que, a través de su descendencia, todas las familias de la tierra serían bendecidas.

“Esperando incluso cuando parecía cerrado el camino a la esperanza, creyó Abraham que llegaría a convertirse en padre de muchos pueblos, según lo que

Dios le había prometido: ‘Así será tu descendencia’. Y no vaciló en su fe, aun siendo consciente de que su cuerpo carecía ya de vigor —tenía casi cien años— y de que el seno de Sara era ya incapaz de concebir. Lejos de hacerle caer en la incredulidad, la promesa de Dios robusteció su fe. Reconoció así la grandeza de Dios y manifestó su plena convicción de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete. Esto, por lo tanto, le valió para ser reconocido como justo. Y, cuando se escribió que ‘le valió’, esto no se refiere únicamente a él”. (Rom. 4:18-23)

Abraham tuvo otros hijos de Agar y, posteriormente, a través de Keturah, pero su obediencia fue severamente probada cuando Dios le ordenó que pusiera a su hijo prometido sobre un altar y lo ofreciera como sacrificio. Cuando Abraham estaba a punto de cumplir este mandato, su mano se detuvo. Se proporcionó un carnero en un matorral, que ofreció en lugar de su amado Isaac, quien había nacido del vientre de su esposa Sara, como la simiente prometida por Dios. (Gén. 22:1-13)

La narración anterior ilustra el hecho de que nuestro amoroso Padre Celestial ofrecería a su Hijo unigénito, Jesús. El sacrificio de Dios de su amado Hijo es el pago del precio de rescate por Adán y toda su descendencia, que han estado bajo la maldición del pecado y la muerte (Marcos 10:45)

Abraham vivió y murió siglos antes de que nuestro Señor dejara los atrios del cielo y viniera a la tierra, proporcionando así los medios para la salvación humana. Al prepararse para ofrecer a su hijo Isaac como sacrificio, dedujo que Dios podía resucitarlo de entre los

muerdos, a fin de cumplir la promesa de que, a través de su simiente, todas las familias de la tierra serían bendecidas. “Por la fe, Abraham, puesto a prueba, se dispuso a ofrecer a Isaac en sacrificio; el depositario de las promesas debía sacrificar a su hijo único, aquel de quien Dios le había dicho: ‘Isaac asegurará tu descendencia’”. (Heb. 11:17,18)

Lección Cuatro

Paz con Dios

Versículo clave: “Por lo tanto, justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

— Romanos 5:1

***Escrituras
Seleccionadas:
Romanos 5:1-11***

En nuestro versículo clave, la palabra “justificados” se refiere a ser rectos o irreprochables en la estimación de Dios. Como consecuencia de su obediencia y fe en las promesas de Dios, Dios llamó a Abraham "amigo". (Santiago

2:23). Él y muchos otros fieles del Antiguo Testamento tenían “paz” en el sentido de que estaban en descanso gracias a su confianza en Dios, de modo que, en un grado considerable, la ansiedad desapareció de sus corazones. Sin embargo, tener “paz con Dios”, como se establece en nuestro texto, es la porción especial de los

creyentes consagrados de la Era del Evangelio que han sido engendrados con el Espíritu Santo.

Luego, Pablo profundiza en la gracia de la justificación para la vida que se ofreció después de que el mérito del sacrificio de rescate de Cristo fuera presentado al Padre Celestial en nuestro nombre. (Heb. 9:24). “Ha sido, en efecto, Cristo quien nos ha facilitado, mediante la fe, esta apertura a la gracia en la que estamos firmemente instalados, a la vez que nos sentimos orgullosos abrigando la esperanza de participar en la gloria de Dios. Es más, hasta de las dificultades nos sentimos orgullosos, porque sabemos que la dificultad produce constancia, la constancia produce una virtud a toda prueba, y una virtud así es fuente de esperanza: Una esperanza que no decepciona, porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios nos ha inundado con su amor el corazón”. (Rom. 5:2-5)

Gran parte del balance de nuestra Escritura Seleccionada aborda cómo la justificación es aplicable durante esta Era del Evangelio. El precio de rescate pagado por Cristo atestigua el gran amor de Dios por nosotros, incluso cuando aún éramos pecadores. Una vez que hemos sido justificados para la vida después del engendramiento espiritual, toda nuestra actitud debe reflejar la alabanza hacia nuestro misericordioso Padre Celestial, con quien hemos sido reconciliados como consecuencia del sacrificio expiatorio de Cristo. (Vv. 6-11)

Además, debemos evaluar si la condición de nuestro corazón y nuestra mente refleja lo que se describe en el título de la lección de esta semana. Si carecemos de paz, debemos examinarnos a nosotros

mismos para determinar por qué no estamos a la altura de nuestros privilegios. ¿Estamos enfocados en desarrollar el fruto espiritual en lugar de participar en las obras de la carne? (Gál. 5:19-24). ¿Tenemos cuidado de no dejar de reunirnos con otros hermanos para poder obtener fortaleza y edificación mutua? (Heb. 10:25)

¿Están nuestros pensamientos cada vez más centrados en cosas que son verdaderas, puras, hermosas, de buen nombre y dignas de alabanza? (Fil. 4:8). ¿Hemos aprendido a estar contentos en cualquier estado en el que nos encontremos porque hemos aceptado plenamente la voluntad de Dios? (Fil. 4:11,12). Si tenemos problemas físicos, financieros, familiares o de otro tipo que nos presionan, ¿creemos que nunca seremos probados más allá de lo que podamos soportar, pero que, por la gracia de Dios, él dirigirá el problema para lograr nuestro más alto nivel de bienestar espiritual? (1 Cor. 10:13)

Las preciosas promesas de Dios deben proporcionar paz a todos los que confían en él. He aquí un ejemplo. “¿Qué nos separará del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la espada? ... Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderes, ni las cosas presentes, ni las cosas futuras, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra cosa creada podrán separarnos del amor de Dios, que es en Cristo, Jesús, nuestro Señor”. (Rom. 8:35,38,39)

Estudio XI

LA PASCUA DE LA NUEVA
CREACIÓN

Parte 1

BAJO EL YUGO DE EGIPTO Y LA LIBERACIÓN, EN TIPO Y ANTITIPO — “LA CONGREGACIÓN DE LOS PRIMOGÉNITOS, QUE ESTÁN INSCRITOS EN LOS CIELOS” — NOSOTROS, CON SER MUCHOS, SOMOS UN SOLO CUERPO” — LA CONMEMORACIÓN AÚN APROPIADA — QUIÉNES PUEDEN CELEBRAR — QUIÉNES PUEDEN OFICIAR — UNA ORDEN DE SERVICIO — LA PASCUA: EASTER-PASSOVER, EXTRACTOS DE LA ENCICLOPEDIA DE McCLINTOCK Y STRONG.

“Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.”

(1 Corintios 5:7,8)

LA PASCUA era una de las experiencias más notables del Israel típico. La Fiesta de la Pascua, que se celebraba cada año durante siete días, empezaba en el decimoquinto día del primer mes. De manera general, celebraba la liberación del pueblo de Israel del cautiverio en Egipto, pero particularmente la liberación del sufrimiento, o el perdón de la vida, del primogénito de esa nación durante la plaga de muerte que azotó a los egipcios, y que, como la última de las plagas, finalmente los obligó a liberar a los israelitas de su forzada

servidumbre. El perdón de la vida del primogénito de Israel se convirtió en el precursor de la liberación de toda la nación de Israel y de su paso a salvo por el Mar Rojo hacia la libertad del cautiverio en Egipto. Podemos darnos cuenta fácilmente que un suceso tan solemne sería conmemorado adecuadamente por los israelitas, identificándolo estrechamente con el nacimiento de su nación; y así lo celebran los judíos hasta hoy en día. Los miembros de la Nueva Creación están interesados en aquellos sucesos del mismo modo que están interesados en todas las actividades y planes de su Padre Celestial con respecto a su pueblo típico, Israel carnal, y con respecto a la humanidad entera. Pero la Nueva Creación tiene un interés aún más profundo en aquellos asuntos que ocurrieron en Egipto, en vista de que el Señor les ha revelado el “misterio” de que aquellas cosas que le ocurrieron al Israel natural tuvieron la intención de tipificar y anunciar aun cosas más grandes en el Plan Divino concerniente al Israel Espiritual antitípico, la Nueva Creación.

Haciendo referencia a estos asuntos espirituales, el Apóstol declara que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente. Pero Dios nos la reveló a nosotros (la Nueva Creación) por el Espíritu.” (1 Corintios 2:14,10). Dios usó a los apóstoles como sus portavoces para darnos pistas certeras mediante las cuales, con la guía de su Espíritu, podamos comprender los profundos asuntos de Dios. Una de estas pistas se encuentra en el texto que encabeza este capítulo. Después de la explicación del Apóstol, vemos

claramente que Israel, de acuerdo con la carne, caracterizaba a todo el pueblo de Dios, todos aquellos que en última instancia se convertirán en su pueblo hasta el fin de la edad Milenaria; que los egipcios representaban a los oponentes del pueblo de Dios, el Faraón su gobernante que representaba a Satanás, el príncipe del mal y la oscuridad; y los sirvientes y jinetes del Faraón que representaban a los ángeles caídos y a los hombres que se han asociado o que se asociarán con Satanás como los oponentes al Señor y de su pueblo, la Nueva Creación y en general la familia de la fe. Como el pueblo de Israel deseaba su liberación y estaban agobiados por sus opresores, eran débiles e incapaces de liberarse por sí mismos, y no se habrían liberado del yugo de Egipto si no hubiese sido por la intervención del Señor en su favor, y el nombramiento y envío de Moisés para que sea su liberador, de modo que nosotros vemos a la humanidad, en la actualidad y a lo largo del pasado, gimiendo y sufriendo tribulaciones bajo las amenazas del “príncipe de este mundo” y sus subalternos, el Pecado y la Muerte. Estos cientos de millones de seres humanos ansían su libertad del cautiverio de sus propios pecados y debilidades, así como también su liberación de las penalidades de éstos, el dolor y la muerte. Pero sin la ayuda divina, la humanidad es impotente. Unos cuantos realizan una pujante lucha y logran algo, pero ninguno logra liberarse totalmente. Toda la raza de Adán está en cautiverio con el pecado y la muerte, y su única esperanza está en Dios y en el Moisés antitípico, a quien él ha prometido que liberará a su pueblo a su debido tiempo, llevándolos a través del Mar Rojo, que representa la Segunda Muerte en la que Satanás y todos

quienes se afilian o simpatizan con él y con su camino del mal serán eternamente destruidos, como fue tipificado en el aplastamiento del Faraón y sus huestes en el Mar Rojo literal. Pero el pueblo del Señor “no sufrirá la Segunda Muerte”.

Lo anterior es la representación general, pero dentro de este cuadro existe una representación particular, que no está relacionada a la humanidad en general y a su liberación del cautiverio del pecado y la muerte, sino solamente a una clase especial entre ellos, los primogénitos. En correspondencia con estos como su antitipo, hemos puesto nuestra atención por medio de la palabra inspirada “la Congregación de los primogénitos, que están inscritos en los cielos”, la Nueva Creación. En el tipo, los primogénitos ocuparon un lugar especial, ellos fueron los herederos, un lugar especial también en el que ellos estuvieron sujetos a una prueba especial o padecimiento antes de sus hermanos. Ellos estaban sujetos a la muerte antes del éxodo general, y cuando se produjo el éxodo estos primogénitos tuvieron un lugar especial, un trabajo especial por hacer en relación con la liberación general, porque ellos se convirtieron en una clase separada, representada por la tribu de Leví. Fueron separados de sus hermanos, renunciando a toda su herencia en la tierra. Y, de acuerdo a la disposición divina, ellos serían los maestros de sus hermanos.

Esta tribu o casa de Leví representa claramente la familia de la fe, que está representada a su vez por el Sacerdocio Real preparatorio, que renuncia a su herencia de cosas terrenales en favor de sus hermanos, y realmente constituirán dentro de poco el Sacerdocio Real, cuyo Sacerdote Principal es el Señor, y que

benedicirá, reinará e instruirá al mundo durante la Edad Milenaria. Como los primogénitos de Israel en Egipto estuvieron sujetos a la muerte, pero fueron liberados, escaparon de ésta y perdiendo su herencia terrenal se convirtieron en un sacerdocio, de ese mismo modo la Iglesia antitípica de primogénitos en la actualidad está sujeta a una Segunda Muerte, teniendo su prueba por una vida eterna o muerte eterna antes del resto de la humanidad, y pasa de la muerte a la vida mediante el mérito de la muerte-sangre del Redentor.

Al convertirse en partícipes de la gracia del Señor, ellos se sacrifican con él o renuncian a la herencia terrenal, la parte terrenal, la vida terrenal, ya que ellos pueden alcanzar en el cielo “vida más abundante”. Así, mientras la Iglesia de los primogénitos, la Nueva Creación, “toda muere como los hombres”, y con respecto a las cosas terrenales, es más propensa a perderlas y a renunciar a ellas que los demás; sin embargo, aunque el hombre natural no lo comprende, éstos son liberados o rescatados de la muerte y, como el Sacerdocio Real, serán partícipes, con su Sacerdote Principal, Jesús, de la gloria, honra e inmortalidad. Estos, cuya liberación ocurre durante la noche de la Edad Evangélica, antes de que amanezca el día Milenario y salga su Sol de Rectitud, deberán ser los líderes de las huestes del Señor, para liberarlos del cautiverio del Pecado y de Satanás. Tengan en cuenta cómo esto concuerda con el lenguaje del Apóstol (Romanos 8:22, 19) “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”,

esperando la completa liberación de la Iglesia de los primogénitos en la Primera Resurrección, hacia la gloria, honra e inmortalidad.

Pero ahora es importante otro aspecto del tipo. Para efectuar la liberación de los primogénitos y la consecuente liberación de todo el pueblo del Señor en el tipo, fue necesario que el cordero de la Pascua debiera ser sacrificado, que su sangre sea derramada sobre los marcos de las puertas y sobre los dinteles de la casa, que su carne sea comida esa noche con hierbas amargas y con pan sin levadura. De esa manera cada casa de Israel representó la familia de la fe, y cada cordero representó el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y el primogénito de cada familia representó el Cristo, Cabeza y Cuerpo, la Nueva Creación. Las hierbas amargas representaron las pruebas y aflicciones de estos tiempos, que, aun más, sirven para estimular el apetito de la familia de la fe hacia el Cordero y el pan sin levadura. Más aun, como cada casa debía comer con el bastón en la mano y preparado para un viaje, representaba que el primogénito antitípico y la familia de la fe, que debían de esa manera participar del Cordero durante la noche de esta edad Evangélica, serían los peregrinos y forasteros en el mundo, quienes se darían cuenta del cautiverio del pecado y de la muerte, y estarían deseosos de ser guiados por el Señor para ser liberados del pecado y de la corrupción, hacia la libertad de los hijos de Dios.

(La siguiente parte del libro "La Nueva Creación" se publicará en la edición de septiembre - octubre de 2021)